

El Panorama.

PERIODICO

DE LITERATURA Y ARTES.

TERCER TRIMESTRE.

Tomo primero.— Entrega 22.

MADRID 23 DE AGOSTO DE 1838.

Imprenta de la Compañía Tipográfica, calle del Leon.

VIAJE AL POLO DEL NORTE

Relacion escrita por el capitán Bragg.

CAPITULO DUODECIMO Y ULTIMO.

Cercado por los hielos, toma la resolucion de abandonar el buque é irse á Spitzberg andando sobre el hielo.—Se libra casi milagrosamente.—Fin del viaje.

Tuvimos durante muchos dias un tiempo nebuloso y húmedo, y continuamos nuestro viaje por medio de los hielos que cubrian toda la superficie del mar.

El 10 de agosto reconocimos que solo distábamos algunas leguas de la parte mas septentrional de Spitzberg; pero la niebla era tan densa que no distinguíamos la tierra. A medida que adelantábamos los hielos se hacian mas compactos al rededor del buque; esperábamos que el viento nos abriria un paso, pero aunque sopló raramente durante veinte y cuatro horas, no por eso hubo alteracion ninguna en el mar: para que nuestra situacion fuese mas critica; acompañaba al viento mucha nieve y lluvia que viniéndonos de cara, nos impedía las maniobras del buque.

Habiéndose aparecido en el hielo un caballo marino lo matamos, y en seguida los marineros le pegaron fuego, lo que produjo un efecto sorprendente: pues dejando las llamas en las montañas de hielo daban un resplandor vivísimo, convirtiéndolo su blancura en un rojo ardiente, de modo que parecia que á la helada habia sucedido un fuego universal.

Aquella presa fue un excelente pasto

para atraer los osos; pues habiendo estos animales voraces sentido el olor de la grasa, que habia en el fuego y que llenaba la atmósfera, corrieron en gran número hácia el animal, del que arrancaban pedazos sin amedrentarles el fuego; de en medio del cual, tenian que coger el objeto de su voracidad. Aprovechamos la ocasion y matamos dos, pero sin atrevernos á cogernos, pues quedaron los demás á su rededor, amenazándonos con su venganza con terribles ahullidos.

El 12 se calmó el tiempo y aunque algo brumoso, pudimos reconocer que el grueso de los hielos nos habia arrastrado hácia el este: por la noche se serenó y el capitán Skupperwack nos dijo que nos hallábamos en medio de las siete islas.

Determinamos que algunos marineros acompañasen á Douglas, á atravesar el hielo hácia la isla mas septentrional para que viese si descubria algo. Volvieron á la noche despues de una marcha penosa y espuesta y nos digeron que no se descubria mas que un vasto continente de hielo estendiéndose á lo infinito, sin distinguirse ninguna abertura. La idea de vernos obligados á pasar el invierno allí nos pa-



recio mas cruel que la misma muerte; por lo tanto, por temeraria que pudiese nuestra empresa, reso vimos probar el efecto de todas nuestras fuerzas reunidas sobre el hielo que nos rodeaba y cuya presion empezaba ya a hacerse violenta.

Lo primero que hicimos fue practicar, como ya lo habiamos hecho antes, una hoyaya en la que pudiese estar el buque con menos peligro por algun tiempo, despues emprendimos el abrir un canal en el hielo con la intencion de continuarlo hasta alta mar. Toda nuestra gente se puso á trabajar con un ardor y una alegria increíbles. Las sierras de hielo, las hachas, los trineos, los palos, y en fin todos nuestros instrumentos de marina, todo estaba en movimiento. Despues de haber cortado una capa de hielo de unas quince pulgadas de espesor, encontramos otras de muchas brazas, que ninguna fuerza humana hubiera podido romper, por lo que perdiendo entonces toda esperanza, abandonamos aquella empresa por un proyecto que prometia mejor éxito y menos trabajo. Resolvimos unánimemente no pasar el invierno en aquel sitio.

Nuestro proyecto era cubrir con techos ligeros nuestras lanchas y arrastrarlas sobre el hielo hasta un sitio en que pudiésemos lanzarlas al mar. Hecho esto, esperaríamos con el auxilio de las velas ó á fuerza de remos llegar á la primera bahía de la parte mas septentrional de Spitzberg, aun á tiempo para encontrar algun barge de los de la pesca de la ballena, y meternos en él.

Al dia siguiente sopló un viento nornordeste é hizo un frio terrible. Bajamos nuestras lanchas sobre el hielo y las guardamos por dentro de una tela gruesa para precavernos del frio todo lo que nos fuese posible, si teniamos la suerte de poderlas llevar al agua. Empleamos todo aquel dia en hacer peñados para el viaje: distribuímos saquitos á los marineros para que llevaran el pan y otras cosas necesarias, tanto como les permitiesen sus fuerzas, para las lanchas ya cargadas con los alijidos y

otras provisiones: creimos que cada uno podría llevar pan para 25 dias: sobre el trineo, que se iba á arrastrar los perros, poniamos tambien algunas provisiones y los instrumentos de matematica, por ser menos facil de volcar que las lanchas.

El capitán Stapperwick, acompañado del piloto mas experimentado nos dejó durante estos preparativos, y armado de un compass portátil y de un buen telescopio, se fue á examinar que camino seria mejor que tomásemos. Volvió muy entrada la noche y nos dijo que el agua mas cercana que habia descubierto estaria como á unas diez leguas al oeste, que habia encontrado tambien un gran número de pinos, los unos arrojados por el viento sobre el hielo, los otros flotando en las grietas que tenia este. Nos dijo tambien que creia, que si lográbamos entrar en alta mar nos seria facil ganar la costa de Spitzberg, y aun volver al buque si tolos los bargeos de la pesca de la ballena se habian marchado ya, y que podiamos entonces llevar á nuestra antigua habitacion las provisiones para pasar el invierno, aun que mucho peor que el anterior, pues ahora estábamos desprovistos de todo lo necesario para que aquella reclusion fuese mas llevadera. Todos fuimos de esta opinion, por lo que cuando todas las lanchas estuvieron cargadas y dispuestas para emprender el viaje, rogué á todos emplearan el tiempo en dormir para poder al dia siguiente ponerse en marcha.

A las seis todo el mundo estuvo pronto; Douglas solamente no parecia, entré en el camarote y me quedé sorprendido al encontrarle con mucha calma afeitándose.

—Douglas, le dije, ¿es acaso á propósito pensar en vuestra persona en un momento en que estamos en tan grandes apuros, que sin un milagro casi no podemos ejecutar la peligrosa empresa que vamos á poner en obra.

—Señor Bragg, me respondió con calma y continuando su operacion, ¿por qué desconcertarse en circunstancias semejantes? La semana que viene quizá no

teníe como hoy tiempo para sufrirme; pues ahora, estando determinado á no abandonar el buque i tener haya dos tablas juntas, tengo bastante lugar de hacerlo mientras vos otros hacéis vuestro viaje. Porque si he de hablaros francamente, me parece imposible que el terror os haya cegado hasta el punto de haceros abandonar el buque, cuando puedo ser que antes de 24 horas esté flutando en el agua. Respecto á mí, añadió, dejan to la navaja y su barba melio afeitada, os aseguro que estoy resuelto á no moverme de á bordo; si los hielos se separan ié con el buque á reunirme con vosotros, y sino resignaréme á mi suerte, que no creo sea peor que la vuestra en la expedición de grullas, ó mejor de osos salvages que vais á emprender sobre el hielo.

Estas observaciones me parecieron tan razonables que me subí al momento á la cubierta para comunicaslas al capitán, y entonces tres marineros se ofrecieron á quedarse con Douglas para que hubiese á bordo gente suficiente para maniobrar, en caso de una variación favorable en los hielos.

No pudiendo llevar mas vestidos que los puestos, nos pusimos las camisas de lana y las gorras forradas, y como sabia perfectamente, que en ocasiones peligrosas en que se neces tan grandes esfuerzos, no hay nada que contribuya tanto á mantener la buena armonía como el participar todos la misma suerte, insistí en que todos nos vistiésemos igualmente.

Los que no conducian las lanchas las empujaban por atras ó iban delante para allanar el camino, semejantes á los gastadores de un ejército.

El trineo marchaba con la mayor ligereza, de modo que tuvimos que arreglar su marcha á la nuestra, que era muy lenta. Esto nos dió buenas esperanzas, pues podia servirnos para con facilidad trasportar los artículos que necesitásemos del buque á las lanchas, si conseguíamos alcanzar la alta mar. Pero no nos atrevíamos á lisonjearnos mucho con nuestra

empresa, pues á pesar de excesivos esfuerzos no habíamos adelantado mas que una milla en el espacio de seis horas, á cuya distancia nos detuvimos para comer, estando ya sumamente cansados.

Hicimos fuego sobre el hielo con las maderas que encontramos al paso y nos disponíamos ya á comer algunos pedazos de oso y pescado, cuando fuimos agradablemente sorprendidos por los tres compañeros de Douglas que nos trajian buey hervido y sopa caliente. Estos alimentos, á los que añ dimos por extraordinario un vaso de licor, reanimaron nuestras fuerzas. Jamás, sin duda ninguna se habia visto un grupo de mortales en una situación como la nuestra.

Es cosa esencialmente necesaria para los marinos seguir á ciegas las órdenes de sus superiores, pues una perfecta obediencia y una confianza sin límites los hacen capaces de arrostrar los mayores peligros. Si nuestros marineros hubiesen calculado el tiempo que necesitábamos para llegar al mar, del cual distábamos unas 30 millas, sin duda se hubieran entregado á la desesperacion.

Pero apenas se concluyó la comida y se dió la señal de marcha cada uno se puso en su sitio. Retuvimos algun tiempo á los que nos habian traído el aumento de la comida, para que nos ayudasen un poco, sabiendo que en una hora podian volver al buque.

Sobre las cinco de la tarde el conductor del trineo tiró un escopetazo, lo que nos hizo temer que nuestros perros hubiesen sido atacados por algunos osos, que habíamos visto circular por aquellos alrededores. Miré con los anteojos hácia aquel lado y ví que tocábamos ya al fin de nuestro viaje, pues habiéndose abierto los hielos á una media milla de nosotros se habia formado una grande hoya á la que se arrojaron los perros que tiraban del trineo, el que solo pudo salvarse cortando las cuerdas y sacrificando aquellos pobres animales que se ahogaron sin que hubiésemos podido prestarles ningun socorro.

Esta catástrofe nos consternó sobremedida, sobre todo cuando á poco sentimos moverse el hielo sobre el cual estábamos. Conocimos con esto que la masa entera de hielo estaba flotante, y Douglas, que desde el buque habia observado esta variacion, tiró un esporetazo para avisarnos.

Habiendo reconocido que toda la masa de hielo se dirigia al oeste, echamos dentro de las lanchas las cuerdas que nos servian para arrastrarlas y dejamos en ellas un número de marineros suficiente para maniobrar cuando se separasen los hielos, pues creimos imposible tener tiempo suficiente para volverlas al buque; y era bastante el que pudiésemos salvar el trineo que contenia la mayor parte de nuestros instrumentos matemáticos, pues si los hubiésemos perdido con los perros, nos hubiera sido imposible salir de aquellas regiones heladas: así ¿qué acciones de gracias no debiamos tributar á la Providencia cuya mano los habia detenido al borde mismo del precipicio?

Pronto alcanzamos el buque, el que encontramos ya flotante en su hoya que se habia llenado al momento por las aguas. Si Douglas y sus compañeros no se hubiesen quedado á bordo no hubiéramos podido llegar al buque mas que á nado, cosa muy peligrosa en aquella agua tan fria.

Los hielos continuaban su direccion hácia al oeste, y estábamos amenazados de ser estrellados por la union de las dos orillas del canal en que nos halláramos. Habiamos andado un espacio de unas dos millas y los marineros estaban ya estenuados de cansancio, pues despues de haber trabajado durante 24 horas como unos caballos, era preciso todavía trabajar con los palos contra el hielo para impedir que el buque pereciese. Apenas saliamos de un peligro cuando se presentaba otro mayor amenazándonos con una cierta destruccion. En esta crítica situacion no podiamos prestar ningun socorro á nuestros compañeros que se habian quedado en las lanchas sobre el hielo.

Sin embargo, el Todopoderoso siempre

que perdiamos la esperanza de salvarnos por nuestros propios esfuerzos, parecia dirigir hácia nosotros una mirada de piedad y prestarnos su divino socorro. De repente el viento varió y los hielos se rompieron en todas direcciones con un ruido espantoso y mas fuerte que el del trueno. Vimos entonces aquel inmenso continente de hielo que se perdia de vista, dividiéndose en una multitud de fragmentos que cubrian el Océano en todas direcciones, ya formando montes, ya llauras variadas en sus formas y dimensiones.

Este feliz acontecimiento hizo renacer la esperanza en todos los corazones y llenándonos de un nuevo vigor, nos hizo olvidar que teniamos necesidad de descanso. Tendimos las velas para aprovechar la brisa y forzar un paso entre los canales que empezaban á abrirse y separar los hielos que aun estaban unidos. Mientras que nuestra gente trabajaba en hacer avanzar el buque con áncoras, sierras y palos, los otros que habian quedado en las lanchas ponian todos sus esfuerzos en lanzarlas al agua, lo que no era nada fácil: pues el hielo aunque dividido en millones de partes, formaba todavía al rededor de ellas una especie de isla en la cual se habian enclavado de tal modo que era imposible el moverlas. Nos habiamos ya alejado unas cuatro millas y temiamos que el movimiento de los hielos no nos alejase mas todavía. A mas de esto nos era imposible enviarles socorro de ninguna clase, pues no podiamos andar sobre el hielo, por presentar ya poca solidez, aunque no se habia dividido lo suficiente para que las lanchas flotasen en el agua. Haciamos todo lo posible para acercarnos, cuando por otro movimiento de los hielos quedaron flotantes como deseábamos.

Sin embargo de nuestros esfuerzos no habiamos conseguido acercarnos mas que una milla, cuando las vimos flotar en un canal que se habia abierto siguiendo la direccion del nordeste, por lo que pronto nos alcanzaron. Al volvernos á ver reunidos hicimos la resolucion de no volvernos

á separar, cualquiera que fuese el peligro que nos amenazase.

Continuando la brisa al este sudoeste y al este se separaron los hielos con una rapidez igual á la misma con que se habian unido á nuestro rededor cuando reinaba el viento del oeste y del norte; lo que prueba incontestablemente que existe al este una tierra que deteniendo en su curso los hielos impelidos por los vientos del norte y del oeste los une unos contra otros, y forma una masa compacta. Al contrario, al soplar el viento de tierra los témpanos de hielos no experimentando resistencia ninguna se dispersan en el océano, en donde flotan separadamente, hasta que los vientos opuestos los impelen de nuevo.

El 15 de agosto nos encontramos en medio de una espesa niebla, y con una calma tan grande que no podíamos adelantar un paso, por lo que permití á los marineros que se retirasen á sus camarotes á dormir y descansar. Empezó á sentirse mucho el frio y á caer lluvia en abundancia lo que retardaba mas la navegacion.

Sobre las once se dejó sentir un brisa sumamente fria del lado nordeste que abió los hielos hácia el noroeste. Púimos entonces todos nuestros conatos en impeler los hielos ó dividirlos, lo que á veces se hacia con tal violencia que temblaban los mástiles y cruzja el buque; pero no era tiempo de detenernos en bagatelas, pues nuestra existencia dependia de nuestra celeridad en ganar la alta mar.

Despues de algunas horas de navegacion conseguimos perder de vista las siete islas, y á poco con la mayor satisfaccion descubrimos la de Spitzberg.

Era sumamente curioso y divertido observar las formas variadas con que se presentaban los hielos que nos rodeaban: vimos un témpano de hielo formando un arco magnífico, tan grande y tan bien formado que una chalupa hubiera podido pasar por debajo de él sin quitar sus patos ni sus velas: otro representaba una iglesia con sus veptanas, sus pilares y sus bóvedas, y un terceró una ancha mesa adorna-

da de franjas semejantes á los tapices de damasco. Y con el auxilio de alguna exaltacion en nuestra imaginacion veíamos palacios encantados, torres góticas, &c. &c., y este espectáculo singular y fantástico contribuia no poco á preservar nuestra alma de la tristeza á que la arrastraban aquellas horribles soledades.

Continuamos nuestra navegacion en medio de los hielos, dejando el promontorio de Hacluit al sud, con 39 grados de longitud al oeste. A las ocho de la noche oímos un cañonazo, lo que nos anunció por primera vez, despues de una infinidad de tiempo, que no éramos los únicos que existamos en el globo. Al dia siguiente por la mañana descubrimos dos barcos holandeses de la pesca de la ballena al sudo-este; y el mismo dia encontrándonos enteramente fuera ya de los hielos, desplegamos nuestras velas, y dirigimos nuestro rumbo hácia la bahia de Smearingburgh. A las dos de la tarde arribamos á la bahia del norte en donde encontramos cuatro barcos holandeses de la pesca de la ballena, que se iban ya á hacer á la vela.

Supimos por ellos que todos los pescadores ingleses se habian marchado ya el 10 de julio, esto es, un mes antes de nuestra llegada, y que se habian obligado á quedarse hasta aquella época para asegurar á sus empresarios la gratificacion concedida por el parlamento para el estímulo y progreso de la pesca.

En este tiempo la mayor parte de los holandeses deja á Spitzberg para volver á su pais, pero han adoptado la costumbre de quedarse por turno hasta que el rigor del tiempo les obliga á abandonar la costa, para poder recojer á bordo suyo á los pescadores, que habiéndose encallado en medio de los hielos se ven en la necesidad de abandonar sus barcos y salvarse en las lanchas. Institucion sumamente filantrópica y que hace el mayor honor á los holandeses.

Este honroso encargo se da á cinco buques anualmente que tienen obligacion de enviar todos los dias sus lanchas á recorrer todo lo posible para ver si encuentran

a'gun desgracia lo y socorrerlo. Estas lanchas sufren mucho á veces en sus incursiones, pues á menudo el mal tiempo las detiene y separa de sus compañeros siete ú ocho dias, de modo que las creen perdidas.

El dia que entramos en la bahia de Smea ringburgh hacia un tiempo hermosísimo. por lo que desentramos para tener el agrado y recreo de dar un paseo por la costa.

Con el objeto que encontráramos en aquel pais de desolacion nos parecia hermosísimo; tan cansados estábamos de no ver en mucho tiempo mas que agua, cielo, hielos y nubes.

El promontorio de Haelut está en una isla situada al nordeste de Spitzberg, y que tiene unas quince millas de circunferencia. Hay en ella y rba en abundancia, y en los valles, de los cuales hay algunos que tienen una estension de tres millas, crece un especie de yerbaito muy corta que sirve de pasto á los renos.

Aprovechamos el tiempo que estaba templado y seco para levantar nuestras tiendas, y construir un horno en el que cocimos algunos aues que comimos con el mayor placer, pues hacia ya mucho tiempo que estábamos privados de este alimento. Nos ocupamos tambien en secar el cordaje, en embrear los costados del buque, en afianzar los mástiles y en hacer provision de agua, en fin, hicimos todos los preparativos necesarios para nuestro viaje de vuelta, durante el cual debiamos esperar sufrir algunas tempestades violentas, que aun que son raras en aquellas regiones heladas, sin embargo son frecuentes desde los cincuenta hasta los sesenta grados de latitud norte y particularmente á los alrededores de aque las islas.

El 24 dos buques holandeses llevaron áncoras y se hicieron á la vela, advirtiendanos que no retardásemos mucho nuestra partida si no queriamos ser sitiados por los hielos.

Mientras la tripulacion traba aqui en los preparativos del viaje hacia una excursion hasta nuestra antigua habitacion, la que

habiamos dejado en buen estado con los techos y pilares que la sostenian. Me quedé sumamente sorprendido al ver que todo habia sido consumido por el fuego: no se si habria sido hecho adrede ó efecto de algun accidente, pero me consideré muy dichoso en no haber necesitado aquel asilo para pasar el invierno, porque nos habria sido casi imposible el haberlo recompuesto como estaba en un principio.

Como las aves ponian en aquella estacion, encontrábanos un sinnúmero de huevos; por lo tanto todos los dias nuestra mesa estaba abundantemente provista.

El 26 los otros tres buques holandeses se despidieron de nosotros, despues de habernos vendido tres barriles de cerveza y una baxasta de arenque salado de Holanda, pues nuestras provisiones empezaban ya á escasear. A pesar de toda nuestra actividad el buque no pudo estar preparado hasta fines del mes, muchos dias despues de la marcha de los pescadores de todos los paises, los que no se atreven á permanecer mas tiempo en aquellos sitios, por el temor de verse obligados por los hielos á pasar allí el invierno. Los dias se acortaban ya con rapidez, y la marea empezaba á traernos algunos hielos flotantes.

Hasta el primero de setiembre no pudimos darnos á la vela; la marea venia de nordeste y sud-oeste, y su altura seria de unos tres pies y siete pulgadas.

No pude dejar aquella isla sin hacer algunas reflexiones sobre el caracter usurpador de la Rusia. Es tal el espíritu emprendedor de esta nacion, que sin duda degará un dia á ser la primera potencia maritima del globo, á menos que la América no le dispute esta supremacia. Sus posesiones se espandan desde el Kamackatka hasta el Báltico, sus relaciones comerciales desde el Japon, toda el Asia hasta Europa, en donde termina su territorio, que ocupa solo en el globo tanto espacio como varios reinos poderosos reunidos. Sus armadas navales no comencen á flaquear, y no desprecian las cosas mas pequeñas. La isla de Spitzberg á pesar de su es-

terilidad ha llamado ya su atención, y ha hecho ya más de una tentat va para establecer allí una colonia al ver que nosotros habíamos pasado el invierno en ella.

Durante nuestro viaje de vuelta sufrimos varios huracanes y tempestades, que muchas veces nos pusieron á pique de perecer, y solo por una especie de mi-

lagro llegamos el 5 de octubre á la embocadura del Forth; pues el buque estaba tan descalabrado y hacia tanta agua, que no hubiéramos podido permanecer en él sin peligro inminente veinte y cuatro horas más. Así terminó uno de los viajes más estrafalarios que ha ejecutado el hombre.

N. de P.



Mofeta de la América del norte.

Mr. Audubon, observador curioso, que tanto ha sobresalido en la zoología, caminaba un día por la América del norte, con un compañero poco instruído en la historia natural; atravesaban un bosque, y vió este una mofeta, y pensó lo que era una ardilla, cogió sin dificultad el animalito. Pero á pocas le vio entre sus manos, hizo el animal una copiosa evacuación de un olor tan fuerte, que el impudente viajero quedó sofocado, y rodó á tierra y se distanció un punto su fatal presa. Pero ya era tarde, sus vestidos se habían infestado, lo mismo que

el aire, y los caballos no querían atravesar aquella pestífera atmósfera; de suerte que para pasar adelante hubo que dar un rodeo. Sin embargo, como era invierno, el olor de la mofeta no era irresistible, aunque duró mucho tiempo; los vestidos y las telas impregnadas le reproducían en cuanto se acercaban al fuego ó las daba el sol. Su dueño llevó una muestra de piel á Europa, como cosa curiosa, pero ya en lo que su guardador por ignorancia le ocultó las telas, se hizo el resto á un millar de italianos.

Kalm cuenta que habiéndose introducido

do una mofeta en cierta ocasion y en una casa de campo, á la sazón que un individuo del bello sexo, vulgo mujer, estaba colocando diversas vasijas en la cueva, así como á otros les pierde la lengua, al desventurado animal le perdieron los ojos, pues brillaron tanto y tan bien, que la mujer d ó cruda muerte al animal; pero quien á cuchillo mata á cuchillo muere, así también, quien á mufeta mata á mufeta muere; decimos esto, porque habiéndose reventado las funestas glándulas del animal se derramó el licor; la mujer no pudo huir tan velozmente como hubiera sido necesario para no atrapar una enfermedad, que la afligió durante muchos dias: tuvieron que tirarse las muchas provisiones que encerreba la cueva. Son debidos estos males á las materias volátiles contenidas en el licor de las mofetas: pretenden algunos que este licor es tan corrosivo, que con solo aplicárselo á los ojos puede privarnos del órgano de la vista, nosotros á fuer de imparciales podemos asegurar, que ningun hecho ha venido á conunciar todavía esta nueva gracia mas en el lindo animalit.»

Por una combinacion, ó por mejor decir por un resultado del sistema de compensacion la naturaleza ha confinado en el nuevo mundo las especies de animales irracionales dotadas de la facultad de apear el aire cuando mejor le place, y á larza distancia, ya que en esta tenemos tantos racionales y tan apestantes. Las mofetas trasportadas á Europa van perdiendo poco á poco la facultad de defenderse por este medio cuando se ven atacadas, su mal

olor se debilita, y llega hasta ser soportable. Teniendo presentes ciertas analogias se á semejan las mofetas á los tejones, particularmente en las glándulas que tienen colocadas debajo de la cola, y que contienen una materia odorifera: Cuvier las clasifica entre las comadrejas y las nutrias. Algunos naturalistas han creído poder dar mas estension á este género, comprendiendo en él especies de los dos continentes, pero la estremada fetidez de las de América cuando lanzan su infernal licor, es un caracter que las separa de todas las demas.

Reducido el jénero de las mofetas á lo que acabamos de esplicar, contiene además otras diferentes especies, que solamente se distinguen en tener mas ó menos claras las rayas que se notan á lo largo de su lomo. Su alimento favorito es los huevos de los pájaros, cuyos nidos se complacen en desbastar.

Ya que hemos hablado de las malas cualidades de la mofeta, justo será que alabemos las buenas que tiene. La mofeta es incapaz de hacer daño á nadie si no la ostigan, y vive en completa seguridad en sus bosques natales, porque no teme que el hombre se le aproxime. Se la puede domesticar con facilidad, y hace á sus dueños el mismo servicio que un gato: su piel es hermosa, fuerte, y se busca con ansia para varios objetos. Se ha hecho diferentes tentativas con éxito para destruir en las mofetas jóvenes el germen del liquido pestifero, y despues de esta especie de mutilacion, son preferibles en todos conceptos á los gatos mas hábiles.

TEATROS DE BARCELONA. Con motivo de haberse opuesto Doña Juana Perez; actriz de los teatros de Barcelona á representar el papel de CATALINA HOWAR en el drama de este nombre, por no creerse obligada á ello, segun su contrata, ha sido arrestada en el establecimiento de seguridad pública, hasta que la autoridad que entiende en este negocio falle con arreglo á la ley su terminacion.

Nos parece que semejante proceder es violento á mas de poco galante, recayendo en una actriz de tanto mérito, y excelentes cualidades, prescindiendo de las justas consideraciones que deben tenerse con el bello sexo.

AMOR PATRIO.



Es célebre revolucion acaecida en Génova en 1746 es uno de los sucesos que prueban el poder del amor á la patria en corazones convencidos de lo que la deben, y lo que se deben á sí mismos; cuarenta mil austriacos y veinte mil piamonteses se apoderaron de la ciudad y por orden de sus soberanos la impusieron una contribucion de veinte y cuatro millones de libras, medida que arruinaba en un todo aquella rica poblacion; los genoveses agotaron sus recursos, dieron toda la plata que habia en el banco de S. Jorje para pagar diez y seis millones, pidiendo se les perdonasen los ocho restantes, pero se les hizo saber de orden de la emperatriz Reina, que no solamente debian satisfacer lo mandado, sino otro tanto mas para alimentar y pagar nueve regimientos acantonados en los arrabales de S. Pedro de Arenas, Bisayno y pueblos comarcanos: publicada esta orden la desesperacion se apoderó del corazon de los genoveses, su comercio arruina lo, el crédito perdido, el banco agotado, las magnificas casas de campo, raqueadas, los ciudadanos tratados como esclavos por los soldados; ya nada tenian que perder mas que la vida, y no habia un genovés que no estuviese pronto á sacrificarla antes que sufrir mas tiempo un yugo tan vergonzoso y tiránico: algunos fomentaban con maestría la resolucion desesperada que los habitantes parecian di-puestos á tomar, sus emisarios no dejaban de decir á los mas acreditados del pueblo, "¿ hasta cuándo sufriremos que los austriacos vengán á degollarnos en los brazos de nuestras esposas y entre las caricias de nuestros tiernos hijos para arrancarnos el miserable sustento que nos resta? Sus tropas estan disminuidas fuera de nuestras murallas, entre nosotros no hay mas que las guardias de las

puertas; somos mas de treinta mil hombres, ¿no vale mas morir que presenciar la ruina de la patria?" Mil discursos de esta especie animaban al pueblo, la voz de la patria espirante hablaba aun con mas energia á todos los corazones, pero no habia quien osara enarbolar el estandarte de la libertad. Los austriacos sacaban del arsenal cañones y morteros y obligaban á este trabajo á los ciudadanos; el pueblo murmuraba pero obedecia: un capitán austriaco empezó á maltratar á un genovés que no trabajaba como él queria, y esta fue la señal de reunirse el pueblo; en un momento se juntó una gran muchedumbre armándose de todo lo que halla á la mano, piedras, bastones, espadas, fusiles, instrumentos de todas especies. Este pueblo, que no tuvo valor para defender su ciudad cuando sus enemigos estaban distantes, se decide á arrojarlos cuando mandan en ella como señores. El marques de Botta, general austriaco, creyó que este alzamiento se sosegaria bien pronto, y que el temor ocuparia el lugar de este horror pasajero, pero al dia siguiente se reúne el pueblo en mayor número y se dirije á un almacen de armas; fuerza sus puertas y se apodera de cuanto allí existia, como si se hubiesen encargado de su direccion algunos oficiales. Los amotinados se reúnen en la plaza, se hacen barricadas en las calles, y el orden que se trata de establecer en este alboroto tan repentino como furioso no amortigua en nada el ardor: se apoderan de varios puestos que fortifican, al instante el buen éxito anima á los ciudadanos, el terror se apodera de sus tiranos; quieren castigar á los pretendidos rebeldes, y estos los reciben con descargas de cañon y fusileria; la ciudad de Génova se componia de un ejercito, cuyo valor era terrible; se pagaba en nombre del pueblo y se mandaba pena de la vida á todos los ciudadanos

que saliesen armados de sus casas y se dirigiesen á las banderas de sus respectivos cuarteles. La alarma sonaba al mismo tiempo en los pueblos y aldeas de los valles, y reuniéndose veinte mil paisanos con el príncipe Doria á la cabeza de ellos, se arrojan de repente sobre las tropas del marqués de Botta acantonadas en S. Pedro de Arenas. El general y sus nueve regimientos se retiran en desorden dejando cuatro mil prisioneros, mas de mil muertos, los almacenes y equipajes en poder de bisoños paisanos, que sin experiencia del arte de la guerra los persiguen sin descanso, obligándoles á buscar un asilo en sus pais; el consejo de Viena sabe con admiración este acontecimiento, se llena de rabia, y creyendo que muy presto se volverá á apoderar de Genova, y podrá castigar á los rebeldes, manifiesta al senado que es preciso que pague al contado no solamente los ocho mi-

liones que faltaban para completar la contribucion que le impusiera sino treinta mas por el daño causado á las tropas del imperio, y que entregue los prisioneros que habian hechos los sediciosos, castigando á estos con el mayor rigor; orgullosas condiciones que solo sirvieron para afirmar mas al senado y al pueblo, en su heroica determinacion. Las genovesas, émulas de las virtuosas romanas empuñan sus alhajas para hacer frente á los gastos de fortificacion y mantenimiento de las tropas. Desesperando en fin la corte de Viena del éxito de sus tentativas consiente en la paz, los enemigos se retiran, y los genoveses conservaron una libertad tanto mas preciosa, y de la que se hicieron tanto mas dignos, cuanto que fue la recompensa de su valor hijo del amor acendrado de la patria.

N. L. de L.

EN UN ALBUM.

Vas á partir! La barca que te espera
Se mece lentamente en la bahía;
Las brisas de la hermosa Andalucía
Pronto su vela alejarán de aquí
Mas no temas olvido, que tu imagen
Queda en los corazones que te aman,
Y los pechos que ardientes te admiraron
Siempre un recuerdo guardarán de tí.

Ya buscarán en vano las miradas
Tus lindos ojos destellando amores;
En vano entre los árboles y flores
Tus angélicas formas buscarán
Pronto los hijos de tu patria lloran
Te ofrecerán su amor, sus esperanzas;
No las pías incienso, ni alabanzas;
Qué te podrán decir? te adoran.

SALVADOR BERNUDES DE CASTRO.

EL PRECIO DE UN VIOLIN.

El conde Von Trantmanslof, maestro de equitación de Carlos VI compró un violin de Jacobo Sainer con las condiciones siguientes:

En el acto de la compra dió al vendedor treinta y cinco lueas, obligándose a temas á darle una comida diaria y todos los años un vestido nuevo segun se estimase, dos to-

neles de cerveza, y en el caso que aquel se casase, surtirlo de liebres y conejos mientras permaneciese en este estado.

El vendedor vivió diez y seis años despues de verificada la venta por manera que el violin costó sobre entorpe mil francos. Este instrumento lo posee hoy Mr. Fluenzel, músico de Mannheim.



LITRE dib.º

MENDIZABAL g.º

ELCHIMPANZE.

HISTORIA NATURAL.

EL CHIMPANZÉ.

Son el chimpanzé y el orang-utan los que, entre todos los monos, se asemejan mas al hombre, y el primero de los dos logra la preferencia en este punto. El orang-utan es peculiar de las Indias orientales; el chimpanzé vive en las costas occidentales de Africa. Ambos forman la especie mas corpulenta de monos, habitan la zona tórrida, y ocupan los inmensos bosques propios de las regiones en que los ha colocado la naturaleza. El chimpanzé tiene tambien los nombres de orang-ut in negro y de jokó, siendo este segundo el que le dió Buffon. Sin embargo, como hasta ahora no habia sido posible traer á Europa ningun individuo vivo, muchos naturalistas creian que esta especie no se distinguia de la del orang-utan; pero como la sociedad zoológica de Londres logró al fin proporcionárselo, podemos dar acerca del chimpanzé una infinidad de noticias adquiridas por observadores curiosos y dignos de confianza, que aprovecharon la ocasion de estudiarlo.

Son bastante esenciales las diferencias que existen entre el orang-utan y el chimpanzé, tanto internas como externas; y por regla general puede decirse que el segundo tiene mucha mas analogía de organizacion con la especie humana, siendo su ángulo facial unos cinco grados mas abierto que el del primero, aunque tiene bastante menos talla.

El individuo, que como hemos dicho, posee la sociedad zoológica de Londres, fue cogido hace algunos años por la tripulacion de un buque mercante en Africa á bastante distancia de la costa, habiendo sido muerta su madre de un tiro, en tanto que le daba de mamar teniéndolo en sus brazos. Lo primero que llamó la atencion de los que lo vieron fue su aspecto de vejez que

le hacia parecer semejante á un negro anciano; de modo que á no estar ciertos de lo contrario, y de que su edad seria como diez y ocho meses, se hubiera creido que era ya adulto. Sin embargo, á pesar de los pelos blancos que tenia en el rostro y de su arrugada tez, manifestaba toda la viveza de la juventud sin el atolondramiento y la impaciencia que son tan comunes en las otras especies de monos. Sus brazos, aunque largo, no esceden mucho de la rodilla, y viendo sus juegos y saltos en la habitacion donde habia sido puesto en Londres se conocia que era de gran fuerza muscular, lo que apoyaba la anchura y robustez de sus hombros. Aunque hacia por divertirse mil evoluciones y manejos, se conocia que su modo natural de andar era sobre dos pies como los hombres, y así caminaba con frecuencia. Sus movimientos, aunque vivos y sueltos, eran mesurados y hechos con tino, en lo que demostraba la superioridad de su inteligencia sobre todos los demas monos. Solia tomar un coco, cuyo licor aspiraba con suma destreza, poniendo despues en el suelo la nuez con la mayor gracia. La docilidad de su carácter era estremada, siendo necesarios muchos esfuerzos para enfadarle, y aun su enfado distaba mucho de ser tan impaciente, y peligroso como el de los otros monos.

Habia cobrado mucha amistad á algunas de las personas que veia con frecuencia, especialmente á la cocinera que preparaba la comida á los trabajadores. Conocia sus pisadas sin verla, y manifestaba su alegría con animados gestos y con un lijero chillido, corriendo hacia ella, y llenándola de caricias, que muchas veces la incomodaban, pues le costaba sumo trabajo separarlo. La agarraba generalmente del ves-

tido, y la seguía exactamente como lo hubiera hecho un niño. Un día abrió las celosías de una ventana y se puso á mirar fuera con mucha curiosidad; temeroso el que lo guardaba de que se escapase lo llamó, y le mandó cerrar la ventana, lo que hizo con la mayor docilidad, volviendo á ocupar su puesto acostumbrado.

Se ha dicho que los monos tienen á las serpientes muy corpulentas un miedo instintivo, y en efecto un día presentaron al chimpanzé una metida en una especie de jaula de rimbres. Al instante principió á dar muestras del mayor terror, escondiéndose y acurrucándose en un rincón. Pusieron sobre la jaula un pozo de fruta de la que mas le gustaba, y á pesar de que se conocia que deseaba cojerla, fué imposible reducirlo á que lo hiciese hasta que se llevaron la serpiente. Ya se ha dicho que la amabilidad de su carácter era estremada, pues no tenia ni la malicia, ni la dañada intencion que distingue á los monos. En la misma habitacion que él habia una perra parida, y algunas veces se dirigia á ella, y á pesar de sus ladridos cogia uno á uno los perrillos, los examinaba atentamente, y despues los volvía á colocar al lado de la madre con el mayor cuidado y

delicadeza. Cuando estaba cansado de jugar se recozia en su cama, en la que se tapaba con mucho esmero, y cruzando los brazos sobre el pecho, en el que tenia reclinada la cabeza se dormia profundamente.

Los naturalistas que observaban sus costumbres esperaban ver si su carácter se mudaba cuando entrase en edad, pues es sabido que los monos viejos pierden todas las gracias que los hacian soportables cuando jóvenes, y se tornan rabiosos é irritables. Tambien imaginaban probar cuanto seria posible desarrollar su facil inteligencia con la educacion; pero ambas cosas se imposibilitaron, porque el pobre chimpanzé murió cuando menos se esperaba. Dicen los que presenciaron su muerte que se quejaba como una persona, y redoblaba con triste semblante sus caricias á las personas que amaba. Se hizo la diseccion del cadáver, y se halló que la causa de su muerte habia sido unos tumores en el estómago que evidentemente se veia eran antiguos. En cuanto al pulmon lo tenia perfectamente sano, lo que prueba que la atmósfera en que se le habia tenido le era propia y saludable, y que hubiera podido vivir mucho tiempo sin una causa precedente de enfermedad.

V. H.

De un periódico extranjero tomamos los siguientes párrafos de una memoria publicada por disposicion de la sociedad de medicina de París y escrita por el Dr. Bourgeois que tiene por titulo: *Del riesgo que se corre de ser enterrado vivo, y de los medios de cartificar la muerte*. El interés de la materia y las precauciones que indica el autor de la memoria para evitar una desgracia, de que no faltan en España recientes ejemplos nos ha impellido á insertarlo, creyendolos dignos de llamar la atencion del público.

Los suplicios que se usaban en tiempos antiguos dan una muestra evidente de

hasta dónde llega el poder de la vitalidad humana, existiendo de él ejemplos sorprendentes. Damiens, el que intentó asesinar á Luis XV (1), el infeliz, que una atroz legislacion condenó á sufrir horribos tormentos, los sufrió todos sin morir. Despues de haberle arrancado los brazos y piernas, y reducido á un horrible tronco sin figura humana, despues de tres dias de martirio, todavia respiraba, pedia de beber y solicitaba por favor la muerte. En todas las enfermedades se verifica una lu-

(1) Véase el número 16 del Panorama.

cha semejante que sostiene el organismo contra el principio destructor, lucha cuyas bases y consecuencias es imposible pre juzgar. Además de esta consideración a bemos que la incertidumbre de las señales que manifiestan la muerte se ha demostrado ya muchas veces. Winslow, Bruhier, Theury y otros peitos llenos de experiencia y de juicio ha dicho afirmativamente que no se podía adquirir certeza de la muerte hasta que se notaba un principio de putrefacción.

A pesar de que esta proposición ha sido consagrada por el arte, no se halla tan vulgarizada como debiera; porque, ¿quién en el mundo sabe que la imagen de la muerte no es la muerte misma? ¿Quién tiene la calma y escrupulosidad necesarias para observarla con atención? En los hospitales apenas ha espirado un enfermo cuando se apresuran á quitarlo de en medio y á colocarlo en una bóveda.

Es sabido que hay en Alemania la costumbre de depositar los cadáveres en ciertas habitaciones que hay en los cementerios llamados *de espera*, poniéndoles en las manos el cordón de una campanilla, y allí permanecen durante veinte y cuatro horas. Durante la invasión francesa fue colocado como era costumbre en una de estas habitaciones del cementerio de Maguncia un militar que había muerto de hidropesía. Algunas horas después á cosa de media noche el guarda que dormía en una habitación inmediata despertó sobresaltado oyendo un gran campanillazo. Llenóse de espanto y se sentó en su cama cuando volvió á oír el sonido de la campanilla que tocó con mas violencia. Horrorizado quiso huir, pero no pudo valerse de las piernas, intentó llamar y le faltó la voz, perdiendo al fin el sentido. Turvo, sin embargo, la suerte de que su mujer y su familia sintiesen el ruido y acudiesen inmediatamente llamando á un facultativo. Cuando es llegado había el pobre guarda recobrado el uso de los sentidos, pero no podía moverse ni articular una palabra. Lleno todavía de espanto señalaba con gestos la puerta de

la sala mortuoria. Entraron en ella, y hallaron que, como su le suceder a veces, el cadáver del hidrópico se había vaciado, y teniendo las manos puestas sobre el vientre, y á ellas a adido el cordón de la campanilla los movimientos del abdomen habían ocasionado los sonidos. Se refirieron al efecto estas circunstancias y se tranquilizó. Pero el golpe estaba dado, siguió la parálisis, y murió el guarda á los pocos años de ella.

Es indudable que por regla general cuando un cuerpo queda privado de vida se le separa inmediatamente de la vista y se le deja en completo abandono. Por consecuencia el peligro de ser enterrado vivo es inminente, y de ello se ven continuamente mil ejemplos. Muchas de las víctimas de tan fatal error han sido encontradas á su exhumación en una postura anormal en que no podían haber sido colocadas al enterrarlos. Cuando se verificó una exhumación general en el cementerio de los Innocentes de Paris, que se destinó para mercado, se vieron multitud de ejemplos.

Se ha dicho que los cambios de posturas que se notaron en los cadáveres podían provenir del movimiento hecho al conducir el féreco, y de los sacudimientos que recibían al bajarlos al sepulcro: pero esta suposición gratuita es inverosímil con relación á tantos casos en los que notoriamente no se verifican semejantes accidentes, y absolutamente inaplicable á aquellos en que se han encontrado los esqueletos levantados, apoyados en los codos y en las rodillas, en la actitud de esforzarse á hacer violentos movimientos, con las partes carnosas mutiladas por mordiscos, los cabellos arrancados, la cara arañada por las uñas, y la mortaja ensangrentada y hecha pedazos, metida en la boca y mordida. En vano se querrá decir que el aire encerrado en el sepulcro es insuficiente para sostener la vida durante el tiempo necesario para hacer tales cosas; porque semejante aserto es nulo ante el testimonio de los hechos, tanto mas irrecusables, cuanto que emana de hombres llenos de cien-

cia y prohibida, y que difícilmente podrá engañarse, y muchas veces con repetidas veces; tal es entre otros el de Taburet, uno de los comisionados encargados de la exhumación y entera, el cual se comovió tanto al ver los horribles ejemplos de que ya hemos hecho mención, que hizo su testamento ordenando que se tomasen, respecto á su cadáver, precauciones extraordinarias.

Muchas veces ha sucedido que al hacer la disección anatómica de un creído cadáver, ha dado señales de vida, como ya el hierro del cirujano hizo causa de lesión en los órganos esenciales. Tal fue la suerte del abate Prevost, célebre y novata.

En algunas ocasiones se ha observado en ciertas familias una predisposición casi hereditaria á caer en prolongados letargos. Refieren las crónicas muchos ejemplos de este género, y entre otros el del conde Caraffa. La madre de este pretendido había quedado aletargada por dos veces, y por dos veces creída muerta. Asustado el conde por sí mismo con tal precedente, mandó expresamente que á su muerte se esperase antes de enterrarlo á que se notase un principio de putrefacción; y que aun así no se hiciese sino haberle antes clavado un puñal de acero en el corazón. Cuando llegó el caso esperaron algunos días si quisiese verificarse la descomposición, y tratándolo ya de enterrarlo se puso por obra su último mandato. El puñal salió empapado en sangre y el paciente exhaló un profundo suspiro. No estaba muerto, pero no dió ningún otro signo de vida.

Se han visto varios casos de sacar á algunos vivos del ataud donde estaban encerrados, ó de la sepultura en el momento en que iban á ser sepultados. El hecho siguiente acaecido á un médico inglés, ha sido recientemente consignado en un periódico con todos los pormenores. Privado de repente de la facultad de moverse, del uso de los sentidos y demás; solo conservaba el oído alguna cosa de su acción, para percibir alrededor suyo los gritos y sollozos de su mujer y de sus hijos: recono-

ció la voz de facultativo firmado para socorrerlo, y comprendió que lo tenían por muerto. Después de un tiempo indeterminado para él, conoció que se disponían á enterrarlo y transportarlo en la caja; oía el ruido que hacían al clavar en esta los clavos, y después de terribles esfuerzos, conociendo la extensión de su situación, pudo gritar y moverse para que cesase tan funesto error.

Después de haber observado las garantías generalmente insuficientes y algunas veces ridiculas, de un examen superficial en los colegios de Francia, el autor concluye en estos términos.

Para certificar la muerte no es suficiente conocer los síntomas aparentes, sino adquirir la certeza de que la vida no puede reanarse.

Es evidente que semejante resultado no puede conseguirse por una investigación exterior, aun cuando sea tan prolija y completa como quieren suponerla, y como suele hacerse en los casos dudosos, y con la quemadura con agua hirviendo, el laque encendido, la incisión en los talones, y otras pruebas vulgares, tenidas como positivas. Está probado hasta la evidencia la insensibilidad de la piel en semejantes casos, y aun en los simples ataques de epilepsia.

Cuando sobreviene la muerte en el curso de una enfermedad, se cree como consecuencia de esta, consecuencia al menos probable, esperada de alguna manera, en cuyo caso no queda recelo para dudar de la realidad. Cuando es repentina, imprevista ó por causa violenta, dá májese á sospechar, y se invocan espontáneamente los socorros del arte. Pero si se ha experimentado que estos socorros han obtenido un feliz resultado en otros casos, en la apariencia desesperados, y que entonces son infructuosos, hay razón para deducir que la impotencia de estos es porque el paciente ha dejado de existir.

Tal es la solución del problema; hacer de la excepción la regla general: administrar estos socorros en todos los casos equi-

vale á proporcionarse en todos un resto de esperanza y un medio de salud, y colocar a las puertas del sepulcro una verdadera salvaguardia.

Es extraño tambien que no haya ocurrido el echar mano del *galvanismo*, cuyos efectos son tan sorprendentes. No se puede dudar que á su accion habia de responder cualquier resto de vida que quedase, y por consiguiente la inmovilidad absoluta seria una inequívoca señal de la muerte.

Hay, en fin, un medio cuya eficacia está demostrada, y es la *acupuntura en el corazon*. Los chinos hacen gran uso de ella, y casi constituye la parte mas esencial de toda su medicina, practicándola sin riesgo en todas las partes del cuerpo. En Europa se sabe tambien que el pasar agujas de buen acero al través de las vísceras mas importantes, no causa daño alguno; habiendo sido introducidas en el corazon en todos los hospitales de París, bajo los auspicios de los profesores de clínica. Agujas metidas en la sustancia de este órgano hasta que contrajesen un movimiento oscilatorio simultáneo con el del pulso, lo que probaba lo mucho que habian sido introducidas, permanecie-

ron allí durante muchos minutos y volvieron á sacarse sin resultar daño ni consecuencia alguna.

Otras experiencias han sido recientemente hechas con animales por el Dr. Carrasco, médico italiano. Entre muchos gatos sumerjidos en el agua durante el mismo tiempo hasta asfixiarse, perecieron los que para comprobar el experimento quedaron abandonados á los esfuerzos de su naturaleza, al paso que la piradura en el corazon volvió la vida á los demás.

Conciliando, pues, una entera seguridad en su aplicacion con el mayor grado de certeza en sus resultados, puede asegurarse que la *acupuntura* seria un medio eficaz para comprobar la muerte.

Tambien si se añadiese al poder de esta operacion el introducir por medio de las agujas clavadas en el corazon y la pila de Volta, rápidas é incessantes corrientes galvánicas en la víscera, practicando el procedimiento conocido en el dia con el nombre de *galvano-puntura*, se podría calcular haber hallado una infalible y verdadera *piedra de toque* de la vida.

A NUESTROS SUSCRITORES.

La redaccion del PANORAMA trata de dar al periódico toda la variedad é interés de que sea susceptible procurando adoptar lo mas instructivo, siempre que no perjudique á su principal objeto, que es procurar á sus lectores un entretenimiento y recreo continuado y poco costoso. Entre otras cosas que tiene calculadas y que pondrá por obra sucesivamente, considera la mas oportuna y consiguiente á sus miras, por ahora, el publicar vistas de los edificios y monumentos mas dignos de atencion que contiene la monarquía española. Cuenta para ello con la cooperacion de artistas distinguidos, y que tienen hechos ya abundantes estudios en la materia. Los artículos que sirvan de esplicacion á las vistas estarán redactados de modo, que sin omitir ninguna de las circunstancias necesarias para la inteligencia de ellas, libren al lector de las pesadas inepundias que suelen ser inseparables de las descripciones, y procuren eplazar con la del monumento á que se refieran hechos curiosos y pormenores históricos dignos de atencion. En el número próximo se publicará la vista del magnífico palacio que poseen los duques del Infantado en Guadalupe, que ha sido dibujada por D. José Maria Velarde, artista conocido por su aplicacion, continuos adelantos y viajes, que con el objeto de admirar nuestras bellezas artísticas ha emprendido á su costa á distintos puntos de la península.

ADVERTENCIA. El artículo correspondiente á la estampa que tiene por título *LA SOBRESA*, se insertará en el número siguiente.

Publicaciones.

Intrigas para morir, drama original en 4 actos.

La mujer de un artista, comedia en 2 actos taaducida del francés por D. Ventura de la Vega,

Memoria del príncipe de la Paz.

Derecho Real de España, por Alvarez: 2 tomos en 4.º

Coleccion de comedias del teatro moderno Español.

Todas estas obras se hallan de venta en la libreria de Escamilla y en la de Cuesta.

Nota.

Los señores suscritores de las provincias cuyo abono concluye en fin de agosto pasarán á renovar la suscripcion si no quieren sufrir retraso en la recepcion de los números.

Este periodico sale todos los Jueves.

El precio de suscripcion en Madrid es el de cuatro rs. mensuales, llevado á casa de los señores suscritores; 18 en las provincias, por un trimestre franco de porte; 34 por seis meses y 60 por un año.

Los números sueltos se espenden á dos rs. en los puntos de suscripcion en Madrid, que son los siguientes: libreria de Cuesta, frente á las Covschuelas; estamperia de Valle, calle de Carretas, frente á la de Mijaderitos; y en el almacen de papel calle de la Concepcion Gerónima, esquina á la plazuela del mismo nombre.

PROVINCIAS. Alcoy, Cabrera; Algeciras, Grimaldi; Alicante, Carratalá; Almería, Santamaría; Avila, Sastre Beal; Badajoz, viuda de Carrillo; Barbastro, Lafita; Bilbao, Delmás; Burgos, Arnaiz; Cádiz, Hortal y compañía; Cartagena, Benedicto; Castellon de la Plana, Gutierrez Otero; Córdoba, Lopez Latorre; Coruña, Perez; Ferrol, Tajonera; Gibraltar, R. L. Hepper; Granada, Bada y Linares; Guadalajara, Ruiz; Jaen, Orozco; Leon, Miñon y Paramio; Logroño, Ruiz; Lugo, Pujol; Málaga, Carreras; Orense, Gomez Pazos; Oviedo, Longloria; Palma, Guasp; Pontevedra, Sr. administrador de Loterías; Reus, viuda de Angelon; Ronda, Fernandez; Salamanca, Blanco; Santander, Riesgo; Santiago, Rey Romero; Sevilla, Hidalgo y compañía, y D. Luis Manuel de la Pila; Valencia, en la administracion de Correos; Valladolid, Pastor; Vitoria, Flores; Zaragoza, Yague. Y en las administraciones de Correos de Arévalo, Barcelona, Buitrago, Cáceres, Ciudad Real, Huelva, Lrida, Murcia, Palencia, Santander, San Sebastian, Sevilla, Valencia. Tarancón y Tuy.

NOTA. La redaccion está establecida calle del Príncipe, núm. 13, cuarto entresuelo de la izquierda, adonde se dirigirán las reclamaciones y las cartas francas de porte.

Editor responsable A. GUERRERO.
